

## DESENGAÑOS ACERCA DE UNIVERSIDAD, ENSEÑANZA, INVESTIGACION

**GARCÍA CALVO Agustín**

### ABSTRACT

*The air of depression and vacuousness to be found in our Universities and other Educational Establishments is not due to faulty organization or to the incompetence of those who have occupied chairs in them, or to that of the ministry or other bodies; nor is it due to incidental defects of the Apparatus, which can be remedied by appropriate plans and measures, but it is, rather, an inherent part of the very essence of these Establishments.*

*Inherent to the University and other Educational Establishments is the dulling of students' curiosity and passion for understanding, diverting them towards goals imposed from Above, converting each activity into grind and submitting it to perpetual examination, emptying these activities of all intrinsic meaning by subordinating them to a Position, Placement or Qualification; in short, boring the hell out of people.*

*The University and other Institutes of Education or Research are closely linked to the State, which has no interest whatsoever in anything being discovered. Any renovation or discovery will therefore have to come from Below, taking advantage of the faults and loopholes in the System.*

### RESUMEN

La pesadumbre y vaciedad que se encuentra en las Universidades y demás Instituciones Pedagógicas, no se debe a su mala organización, ni a la incapacidad de los que han ocupado sus cátedras, ministerio u otros organismos, ni tampoco se trata de defectos accidentales del Aparato, que con los oportunos planes y medidas puedan remediarse, sino que pertenecen a la esencia misma de las Instituciones y les son inherentes.

Es inherente a la Universidad y demás Instituciones Pedagógicas el amortiguar la curiosidad y pasión de entender en los estudiantes, el desviarlos hacia fines impuestos desde Arriba, el convertir sus actividades en trabajo, el someterlas a la examinación perpetua, el vaciarlas de sentido en sí al someterlas a un destino, Título o Colocación, y en una palabra, el aburrir al personal.

La Universidad y demás Institutos de Enseñanza o Investigación están ligados al Estado y éste no tiene interés en que se descubra nada. Por tanto, cualquier renovación o descubrimiento tendrá que hacerse desde Abajo, aprovechando los fallos del Sistemay sus holguras.

*«Siempre en alto, siempre en alto.  
¿Renovación? Desde arriba»  
dijo la cucaña al árbol.  
Dijo el árbol: «Teme al hacha,  
palo clavado en el suelo:  
contigo, la poda es tala».*

A. Machado *Prov. y cant.* 91 y 92.

Lo primero, no creer que la desgracia, pesadumbre y vaciedad que se encuentra en esas Instituciones, que los estudiantes, por ejemplo, al llegar a la Universidad, suelen percibir, algo vagamente, como desencanto o tedio o pena (luego, suelen conformarse; pero algunos, hasta ya profesores, lo recuerdan con cierta fidelidad) no creer que eso se deba a la mala organización de dichas Instituciones, al atraso, por ejemplo (todavía ¡vive Dios!) «en España con respecto al nivel europeo» o «al americano», ni a la incapacidad o vicios personales de los que han ocupado sus Cátedras, Ministerios u otros Organismos: en suma, que se trata de defectos accidentales del Aparato, que con los oportunos planes y medidas pueden remediarse.

Por el contrario, es preciso sentir con claridad que esa desgracia, pesadumbre y vaciedad que los inexpertos denuncian, al menos en sus corazones (cuando se ponen a hacer reclamaciones y protestas, suelen recaer a su vez, los pobres, en los tópicos que se les dan hechos y a mano para el caso), pertenecen a la esencia misma de las Instituciones y les son inherentes a la Universidad, a la Escuela, a los Consejos de Investigación y a los Ministerios de Educación y Ciencia; porque, si no, la equivocación puede llevar a los bien intencionados renovadores, con otros Planes y alteraciones del Aparato más, a renovar el ciclo eterno de las reformas en que consiste la inercia de dichos mortíferos Institutos.

Séparse pues, si es posible, que es inherente a la Universidad y demás Instituciones Pedagógicas el amortiguar la curiosidad y pasión de entender

de los estudiantes, el desviarlos hacia fines impuestos desde Arriba, el convertir sus actividades en Trabajo, el someterlas a la examinación perpetua (vía cardinal de esas Instituciones), el vaciarlas de sentido en sí al someterlas a un destino, Título o Colocación, y en una palabra, el aburrir al personal.

Que ello sea así es lógico y simple de entender: la Universidad y los otros Institutos de Enseñanza o Investigación están ligados al Estado, en las formas más o menos perfectas de éste, más o menos disimuladas; son parte del Aparato del Estado, y parte tanto más importante cuanto más el Estado se progresa; o bien, al estilo tradicional americano, están ligados con las Grandes Empresas Comerciales, que igualmente los promocionan y patrocinan; y, como, con el progreso del Progreso, Estado y Capital tienden cada vez más a confundirse y aspiran al ideal en que los dos son la misma cosa, ni siquiera hay ya lugar a distinguir entre las dos maneras de sometimiento: el caso es que son parte (muy importante, como muestra fielmente la dedicación de millones a Educación y Cultura en los presupuestos del Estado y de la Banca) del Aparato.

Ahora bien, Estado y Capital no tienen interés en que se descubra nada: están montados Ellos sobre la fe en la Realidad, en que las cosas son como son, y bien se guardarán todo lo que puedan de que alguien vaya a descubrir que son de otra manera, o sencillamente, que no son de ésta; y asimismo, la curiosidad o pasión de entender de la gente a medio formar no va a merecerles mucho cariño ni respeto: la tratarán más bien como una impertinencia, semejante a la que los padres sienten en el «¿Por qué?» insistente de sus retoños de tres o cinco años, y como tal impertinencia, y acaso peligro para Su estabilidad y Su progreso como Dios manda, tratarán de eliminarla, desviarla o asimilarla por todos los medios a Su alcance.

Ya se sabía desde siempre que a Los Que Mandan no les hace gracia que la gente piense ni que se comuniquen sus pensamientos, no sea que, aparte de lo que tengan de personal, idiótico y conforme, vayan a tener algo de común y popular; y eso, que se reconocía en las formas más bastas de Poder, como Imperios Romanos o Hispanos o Dictaduras, lo mismo se dice, sólo que con denuncia del correspondiente avance en la táctica, de las formas progresadas y actuales de Capital y Estado; no vaya a pensar alguno que Estado y Capital progresan en contra de su esencia.

Sólo, que en otros tiempos (pero los otros tiempos están en éste, que no es tiempo ninguno) los procedimientos que el Poder, por sus establecimientos de Educación y Ciencia, ponía en uso eran aquéllos de la censura brutal y el miedo (libros en el Índice o en la hoguera, inquisiciones académicas,

desde la del Brocense a la última, que padeció un servidor el año 1962 en Sevilla bajo cargo de poner en duda la virginidad de la Virgen), aquéllos de la rutina escolástica (desde catecismos para párvulos hasta tratados universitarios ortodoxos, más aplastantes por su insípida pesadez que por su doctrina), y en suma, la pedantería académica recubriendo la negra ignorancia de doraduras, y más notablemente en sitios como España, donde el miedo, impuesto por la gran desgracia de un Imperio, al durar siglos, vino a volver más negra la insipiente y más tristes los oropeles de vítores y cátedras que la recubrían.

Pero todo eso es cosa de antaño, nada más que la película de nuestras memorias, y no deben estudiosos ni políticos entretenerse mucho en pelear con endriagos de películas históricas, que no hacen sino distraerlos de atender a las modalidades actuales del asunto. Las formas progresadas de Estado y Capital no tienen a su servicio tales procedimientos de censura, hogueras ni credos ortodoxos: otros son los que corresponden a su desarrollo, y que se han demostrado mil veces más eficaces que aquéllos de la represión y las inquisiciones: en vez de prohibir o constreñir, se gestiona, se incentiva y se promociona, de modo que las funciones de la restricción venga a cumplirlas, mucho más eficazmente, la proliferación.

Es del caso comparar (tanto más cuanto que, como se sabe, los ensueños libidinosos del seminarista iban de par con el desmandamiento de sus dudas teológicas) lo que ha pasado con el tratamiento de los ímpetus amorosos: habiéndose reconocido que el pecado, condena y represión eran procedimientos poco satisfactorios, se ha pasado rápidamente a poner por obra otros, que son la recomendación y exaltación del Sexo, la Industria Pornográfica y la Educación Sexual en las escuelas; los cuales ya se han demostrado hartos más asoladores y catastróficos, como el Señor quería y podía preverse: pues, si bien el prohibirte que se te empine (por poner el ejemplo en lo más trivial, que es lo masculino) puede producir disimulos y desviaciones que lleven en casos al repudrimiento y la enfermedad, el recomendártelo moralmente y casi ordenártelo a lo militar es el medio más seguro de que se te afloje mortalmente o de que apenques con cualquier sustituto de la cosa.

Pues así con el intelecto, la investigación y la Universidad. Dejando ya el lado de la educación o formación de futuros ejecutivos de la Ciencia y la Enseñanza, a lo que ya arriba nos hemos trivialmente referido (reducción del estudio a Trabajo, su sumisión a fines de examinación, colocación y título, que elimina la cosa del estudio a la par que condena a tedio a la persona), basta con fijarse en el lado más postinero: la Investigación.

Se exalta y se promueve a todo pasto la Investigación, la formación de Equipos de Investigación, el desarrollo de Planes de Investigación; se premian con dinero y con futuro las investigaciones en marcha y las concluidas; y casi da lo mismo el objeto de investigación que se proponga: preferiblemente, sí, será un objeto de los que al Mando le hacen ilusión, de los que Él cree que son conducentes a la aplicación crematística y al desarrollo de la Humanidad según Su idea; pero, si no es así, si se trata de investigaciones a las que no se les ve la punta, pero que son de prestigio cultural, de lujo y gala, también vale para el caso: ahí se desviarán también la parte congrua de los fondos que Estado y Capital destinan, con progresivo despilfarro, a la Investigación.

El resultado es una proliferación semejante a la propia proliferación de prole humana por el mundo (producción a velocidad creciente de niños, esto es, futuros compradores de *chips* informáticos y equipos de *Hi-Fi*): es la balumba de Tesis Doctorales no promovidas por interés alguno en el asunto, sino por la promoción de la Persona; son las carretadas de artículos y libros y comunicaciones a congresos que no tienen más utilidad que la que al autor le presten para la formación del *curriculum vitae* respectivo, etc.

Pueden ser los productos de esa Investigación de dos tipos, según arriba se anunciaba: o sumisos o supérfluos; pero de ambos modos serviciales al Estado y Capital que los promueven.

Por ejemplo, un matemático en ciernes o a media trepa del escalafón puede optar por dedicarse a las aplicaciones, Informática, Estadística o lo que más esté en demanda (desde Arriba), y así se le pagará; pero puede también, para su Tesis o su *curriculum*, desarrollar la demostración de uno de las decenas de miles de teoremas anuales nuevos que para esos usos se plantean, y que aparentemente no servirá para ninguna aplicación, pero en verdad, en cuanto mero lujo cultural, ya Les sirve de mucho (a los de Arriba), y tiene también su paga. O puede un lingüista en formación dedicarse a sacar otra Gramática del Español para Cursos de Extranjeros, o meterse en un equipo, bien dotado de momento, destinado a seguir mejorando máquinas de traducción automática para el Futuro; pero también ir dejando un chorreo de artículos eruditos sobre el estilo de una obra del Tousado descubierta en el archivo de la Colegiata de Tudanca, o a describir, por transcripción a alfabeto fonético universal, las variedades de pronunciación del español en la isla de Lanzarote (si ya está hecho, puede volverse a hacer con un nuevo enfoque y mejor equipo de registro), cosas que al Estado y Capital parece que le dan de lado, pero que, en calidad de distracción y contribución a la bambolla cultural, también recibirán su premio.

La justificación que los de Arriba tienen para ese manejo gigantesco consiste, ya se sabe, en la fe de que, contribuyendo cada uno, aunque sea con un granito (como cada hormiga), a la acumulación de saberes en depósito para el Día de Mañana, introduciendo el más chico perfeccionamiento en un detalle de una maquinita, que pueda dar lugar a una nueva Patente para hoy y rendir mejores servicios el Día de Mañana, con eso se está positivamente contribuyendo a la Mayor Ciencia (“¡Lo que sabemos entre todos!”), que comentaba ya Juan de Mairena) y a la Mejor Vida de la Humanidad, y a la construcción justamente de ese Día de Mañana, donde todo, como en el Juicio Final de las viejas religiones, quedará sabido y justificado.

Que esa fe no tiene muchos visos de ser verdad ninguna, a cualquiera del común se le ocurre sospecharlo: que a lo mejor no hay Día de Mañana (o que en verdad ése es el nombre disimulado de la muerte) y que la Humanidad no avanza por ningún camino. Es incluso muy poco probable que ese Proyecto o Plan, en nombre del que toda educación o investigación se condiciona, tenga sentido: poque, si lo tuviera, tendría que saberlo hasta el Ministro, Ejecutivo o Funcionario que dicta los Planes de Estudio, en que se distribuye lo que a cada curso y en cada clase debe enseñarse del Saber total; de manera que lo que va a saberse está sabido de antemano, y lo sabe hasta el Ejecutivo. Supongo que mis Colegas, ante tal suposición, carraspearán al menos, y los estudiantes, si se les enuncia bien, seguro que se mondan de la risa.

Pero no se pide aquí a nadie que positivamente crea que ese Plan o Proyecto de Futuro, en que la promoción de la Investigación (y la Enseñanza) se justifica, es mentira. Basta con que se piense por un momento que puede no ser verdad; y entonces, el considerar lo que, en ese caso, se está haciendo con las inteligencias y vidas de los niños y los muchachos a medio constituir, con los millones invertidos en los procesos investigatorios y educativos, es más que bastante para hacerle temblar a uno.

Así es como, al tener noticia del ánimo de renovar la Universidad de los que me invitan a participar en este primer número de su revista, lo primero que se me ocurre es sugerirles que cualquier trabajo que se dirija a mejorar los Organismos Oficiales de la Educación, la Ciencia y la Cultura, a imponer Planes de Estudios nuevos y más al día, a procurar reformas del Aparato que mejoren, desde Arriba, la condición de los estudiantes y de los estudios, es perder fuerzas y tiempo en balde, que podían siempre emplearse en cosas más útiles que contribuir a que siga rodando la bola como medio de estarse quieta, a que sigan cambiando los Planes para que el Plan siga siendo el mismo.

¿Que qué hacer entonces?. Sí, porque quemar la Universidad u Organismos similares tampoco puede ser: no sólo que sea inútil para romper eficazmente este Aparato, sino que además es imposible: porque a los Entes Abstractos (y es de éstos de los que se trata) el fuego no los quema; y hasta puede ayudarles, según anda el Dinero, a promoverse el que se destruyan algunas de sus instalaciones o edificios.

Por fortuna, el Poder no puede por menos de dedicarse a engañar a la gente, como arma primera Suya, y para engañar, tiene que hablar (y el lenguaje, por más que los cultos lo perviertan, no nace de Arriba, sino de abajo), y al hacer proclamaciones, siempre cabe en cierta medida cogerlo por la palabra; y hasta los vocablos resultan con frecuencia reveladores cuando se les examina: hasta la palabra *investigación* es ominosa para el Dominio, encerrando como encierra la sugerencia de 'seguir las huellas (del animal o del enemigo)', 'descubrir lo que se oculta'; de manera que investigar de veras sería un arma terrible contra el Poder, ese animal abstracto que vive de la mentira.

Más llanamente: la sola fuente de confianza está en que el Aparato, con ser tan aplastante, no es omnipotente ni perfecto, y es por sus imperfecciones y sus grietas por donde puede respirar la posibilidad, nunca cerrada, de vida y de razón que sigue latiendo por lo bajo, en los corazones comunes de la gente, en su razón o lenguaje popular, y hasta en las almas de sus escolares, en la medida que tampoco estén del todo bien hechas y conformes, sino plagadas a su vez de resquebrajaduras y contradicciones.

O sea que cualquier renovación o revolución o descubrimiento habrá de hacerse no desde Arriba, sino desde abajo, y consistiendo en aprovechar por acá abajo, entre los que sientan todavía algo de pueblo y de contradicción en su razón y sus corazones, los fallos del Sistema y sus holguras.

No quieran engañarse los colegas y estudiantes renovadores: por más que las necesidades de ganarse el pan a lo académico les aprieten, por más desastrosa que la formación de sus almas haya sido, como el Señor no es omnipotente, siempre caben márgenes de desobediencia, y siempre cabe, como Prometeo a Zeus, tratar de engañarlo desde acá abajo, por los resquicios de las clases y los calendarios, y es dado, con la más limpia de las conciencias, intentar mentirle con la astucia más o menos fina que se pueda y, fingiendo servirle, si es que parece útil conservar uno su puesto de servicio, traicionarlo desde dentro de Sus propias Instituciones y así servir al pueblo y a la razón común.

Es decir que, viniendo a las labores cotidianas, siempre cabe hacer como que se entera uno, pero no enterarse, de los Planes de Estudio que le caen de

Arriba; hacer como que se examina y juzga a los estudiantes (si es que parece que negarse a examinar descaradamente pone en peligro el Puesto), pero en verdad no examinar ni colaborar a la faena de regularle al Sistema su flujo estudiantil y convertir el descubrimiento en asimilación forzada; siempre cabe también esa forma de rebelión paradójica que recomienda Jesucristo («El que te cargare para una milla, síguele con su carga otras dos»), investigar más allá de lo que está mandado, hablar y leer de veras en las clases, y no para pasar la hora y el curso, que es lo que se exige: estudiar de veras con los estudiantes y descubrir, caiga quien caiga, lo mal sabido; en fin, maneras con que la pasión de la inteligencia halla astucias para aprovechar las holguras que el Sistema siempre deja en contra de Sus intenciones; cosas que seguro que muchos de mis colegas, movidos por su propia honradez, ya hacen según se les tercia, pero que bien será decírselo, para que lo sigan haciendo con más abundancia y tranquilidad.

¡Qué, si hasta aquéllos que se encuentren, por su sino, ocupando cargos en la Administración de la Ciencia pueden siempre volverse cautamente del revés y utilizar el Cargo para lo contrario de lo que el Plan de Arriba prevea!; o al menos, si el Cargo es tal que no se ve manera de usarlo para nada bueno, hacer como los oficinistas decimonónicos, firmar, resolver crucigramas, y no hacer nada, o muy poquito, que el pueblo al fin se lo agradecerá: porque alimentar una plantilla de gorriones siempre le sale más barato que soportar una horda de capataces leales y diligentes.

No se van a encontrar solos los profesores en esa faena de investigación desmandada y de honrado aprovechamiento de la Cátedra por el revés: estarán siempre acompañados en ella por los estudiantes que les toquen; no por la mayoría de ellos ciertamente (eso, salvo por chiripa en algún grupo muy pequeño, no se dará nunca: la mayoría es justamente la fuerza del Dominio progresado y democrático, del Capital fabricante de Masas de Individuos, que, si te descuidas, hasta te pedirán con votos y pancartas que los examines, por Dios, que los examines), pero sí siempre por una gran minoría de ellos, en cada curso, año tras año: aquellos que, trayendo ya sobre sus espaldas quince años de Pedagogía, siguen todavía milagrosamente vivos (algo que no puede menos de renovar en uno cada año un aliento de confianza en la infinita resistencia de la naturaleza humana, si hubiera tal naturaleza) y por tanto capaces de hablar de veras (no resignados a decir una y otra vez lo que está dicho), y de pensar y de sentir.

Ellos son la manifestación más cercana que a los que andan en esta profesión les toca de eso desconocido a lo que aludimos como ‘pueblo’, ‘los de abajo’; y es en ellos donde el profesor, más avanzado en años y



pesadumbre, debe beber inspiración y ánimos para proseguir en común (no en equipo) la investigación más despiadada, el siempre más exacto y claro descubrimiento de la mentira de las ideas dominantes, de la falsificación de la Realidad: acercarse así, con ayuda de ellos, mientras pasan por las aulas, mientras siguen vivos, a aquella sugerencia de Juan de Mairena de una escuela de sabiduría popular, que fuera como un oído, delicado y fiel, para las voces que de abajo, del pueblo, vengan, para darles curso y jugar con ellas y acaso devolvérselas, más refinadas, hábiles y penetrantes, al pueblo de donde venían.

Por eso es por lo que la Universidad debe seguir estando ahí, por más fea que la pongan, y a los muchachos que de vez en cuando me hablan desesperados de la Institución, que los mata de tedio y que les dan ganas de colgar los hábitos de estudiante y no volver a pisar las aulas, suelo decirles que más vale que se queden y resistan como puedan; tanto más cuanto que (aunque esto no suelo decirselo a ellos) éstos que más sienten el dolor de la escuela y el cambiazco que quiere meterles el Plan de estudio, son probablemente de los que más útiles pueden ser quedándose y resistiendo.

Debe seguir la Universidad, porque, pese a lo que desde Arriba quieren hacer con ella, lo que no pueden evitar es que sea un sitio donde se juntan cada año muchos de éstos, de la gente a medio hacer, que por ello mismo pueden hablar entre sí (a grandes minorías) de manera que por ellos hable alguna vez el lenguaje popular y la razón común, y pueden entre ellos (sin desdeñar del todo las voces de algún profesor que otro y las de los libros de la biblioteca) descubrir con cierta precisión la mentira de las realidades que les venden.

Cierto que enseguida tratarán de presionarlos desde el Futuro (el examen de Fin de Curso, el Fin de Carrera, y la Colocación, ensayo de la definitiva o funeraria) y de inutilizarlos para nada que no sea la rutina de la enseñanza, las consultas, los bufetes, las industrias de producción de inutilidades; pero no importa: algunos hay siempre que siguen a medio hacer y conformar; y además, cada año vienen otros nuevos, que da lo mismo.

Y cierto que, sobre todo desde aquel pronunciamiento estudiantil de los años 60, que lo cogió al Estado y Capital tan de sorpresa, han puesto Ellos sus mejores empeños en dispersar las universidades por los suburbios de las metrópolis del mundo, mandándolas donde Cristo dió las tres voces, de manera que, al tiempo que aminoran el peligro de demasiada compañía estudiantil, les cueste además a los estudiantes, igual que a los trabajadores, dos o tres horas diarias de transporte y de cansancio el juntarse en sus

barracones académicos; pero, aun en esas tetricas condiciones, no pueden evitar los Amos que sean esos recintos lugar de encuentro de mucha gente medio despierta a pesar de todo.

Y si encima se da, como en Sevilla, que muchos tienen aún la suerte de disfrutar para su encuentro de lugares hospitalarios y principescos como la Fábrica de Tabacos, donde quedan amorosamente prendidos tantos de mis recuerdos, y disfrutar aún de grandes restos de ciudad (al menos mientras se cumple y no la destrucción con que Estado y Capital para el año '92 amenazan a Sevilla), menos motivos hay aún en tales casos para no dejar que siga la Universidad y que en ella se haga, o que en ella pase, lo que menos se piensan los Señores del Futuro.